

Renovación de la palabra, renovación del hombre

J. J. RODRÍGUEZ MEDINA

Las sencillas ideas que siguen constituyen simplemente una llamada de atención, un intento de inquietar a las personas que dedican a la tarea de comunicar la Palabra de Dios mediante el ministerio de la palabra humana en cualquiera de sus formas: evangelización, catequesis, ministerio litúrgico y todas aquellas formas de comunicar que no puedan entroncarse directamente en otro ministerio, pero que constituyen en realidad el nervio de los ministerios más claramente conocidos como tales.

Pienso en el diálogo que entablan entre sí los padres con sus hijos en tiempos al parecer irrelevantes de la jornada y en lugares tenidos también por intrascendentes.

Como podría ser el espacio en que toda la familia reunida participa de la comida y, con ocasión de ella, cambia impresiones sobre valores radicales de la existencia, sin el propósito explícito de hacer catequesis o de dar orientaciones espirituales.

Pienso en el diálogo que entre dos amigos se establece espontáneamente sin ser buscado: surge, por ejemplo, cuando entre dos o tres media o se tercia una discusión sobre valores de la vida humana (dinero, amor, prácticas religiosas, trabajo). Todos sabemos por experiencia que a menudo estas ocasiones nos obligan a «desnudarnos», a quitarnos la careta y decirnos cómo somos en profundidad, sin dar excesiva importancia a la imagen que el otro amigo tiene de nosotros; pienso en infinitos momentos de la existencia cotidiana en que nos cruzamos imperceptiblemente con la «gente»; en que tenemos necesariamente que expresarnos y en los que de alguna manera detrás de nuestro hablar está para ellos la imagen de la realidad que estamos presentando: la fe cristiana, la Iglesia, la institución religiosa, el movimiento apostólico o la creencia que dan sentido a nuestra vida y encarnan los móviles por los cuales actuamos.

La renovación de la palabra y su relación con la renovación del hombre

La palabra no es mero instrumento racional y arbitrario del pensamiento.

Es la expresión misma de la persona. Es la persona al descubierto, oculta tras el cendal de la forma de la comunicación y del decir hacia afuera el significado que para ella tiene su encarnación en el tiempo y en la historia.

Por eso, renovar la palabra en el hombre no equivale sin más a revisar sus expresiones y vocablos. No es mera cuestión de gramática, de fonética o de expresión verbal.

Toda renovación en la palabra equivale a renovarse a sí mismo y revocar actitudes. Equivale a reformar el sentido que cada uno atribuye al otro en su intercomunicación recíproca.

En el fondo, afecta al ser entero del que habla.

Cuando intento replantear la estructura formal de mi diálogo o de mi hablar interpersonal no tengo más remedio que replantear mi actitud frente a los otros, la seriedad que adopto al hablarles o escucharles; atender, en una palabra, a la verdad total de mi hablar: verdad ética o moral, por de pronto; pero también la verdad entitativa o equivalencia entre lo que quiero decir y su verdad objetiva.

Tengo incluso que replantearme la cuestión de si la totalidad de mi lenguaje (vocablos, gestos, tonalidades o acentos afectivos) corrobora o más bien dificulta, e incluso contradice, la intencionalidad profunda que me mueve cuando me comunico con los otros.

Está claro que todo ello tiene alcance ético, puesto que la forma de mi interrelación supone un modo determinado de aceptar a los demás en mi propia vida.

Y viceversa: no se puede replantear en serio la existencia profunda del hombre sin replantear el problema de su palabra, de su hablar; ya que el ser uno mismo y el expresarse coinciden: uno es en sí mismo lo que es su decirse en el tiempo y en el espacio de la comunidad global en la que se inserta.

Cosa distinta es que tengamos conciencia refleja y explícita del hecho: de pocas cosas en nuestra vida tenemos esa clase de conciencia.

Ello no impide, con todo, que las acciones incluso aparentemente rutinarias sean las que conforman nuestra existencia y la existencia de los demás, las que evangelizan valores, significan e interpretan posturas y vivencias... Es eso, en el fondo de las cosas,

lo que revela los valores en que verdaderamente creemos o damos de creer, y eso, a la postre, es aquello que educa a la humanidad, crea cultura, produce seguridades o inseguridades...

De ahí que las épocas históricas de la vida que, debido a nuevas adquisiciones y descubrimientos individuales o sociales, invierten u obligan a reconsiderar a fondo lo que es el hombre, coinciden con épocas o etapas que llevan consigo descubrimientos sobre la palabra en todos los órdenes: ontológico, psicológico, estructural...

Nuestra época se mueve encuadrada y limitada por esos horizontes. De ahí la evolución que han experimentado, por una parte, los estudios relativos a la ontología y estructura del lenguaje, y, por otra, la importancia que para transformar al hombre ha adquirido todo lo relativo a su expresión y comunicación por la palabra; en otros términos, la dinámica de su estar con los otros. A través de esa dinámica, mejor acaso que a través de orientaciones o consejos morales, se está llevando al hombre al descubrimiento auténtico de sí mismo y a la conversión profunda que esos descubrimientos abocan.

Uno de los principales axiomas a que este descubrimiento conduce es éste: las ideas, posturas y decisiones que se empiezan a gestar en la interioridad del hombre adquieren consistencia en cierto modo, existencia real y definitiva cuando se expresan sólo a condición de expresarse en la comunidad.

Por tanto, sólo de forma dialéctica y no como fruto de mera decisión o voluntad individual solitaria.

Todo ello depende en amplia medida de las condiciones, características, acentos y modalidades de su expresión.

De ahí, cuánto importe convencerse vitalmente de que nada de aquello que se cuece en la sola rumia interior llega nunca a constituir el paradigma de la objetividad, de la auténtica realidad. El verdadero paradigma viene a ser la conclusión o resultado trasladado a la expresión (escrita, oral, gestual) de todo el hombre aquel primer esbozo que se gestó en su interioridad.

La manifestación externa mediante la palabra nos permite conocernos objetivamente: saber lo que somos, lo que aún nos falta para ser nosotros mismos en la sociedad; lo que aún no somos pero deseáramos ser.

Es el verdadero termómetro que permite a cada uno de nosotros y a aquellos con quienes convivimos detectar en qué momento vital nos hallamos dentro de la sociedad de los hombres.

Estos principios y reflexiones, en apariencia tan abstractos, constituyen los criterios y puntos de partida que definen lo que

educar y cristianizar, si se toman ambas tareas, tanto desde sus planteamientos radicales o de principio, como desde sus perspectivas metodológicas e instrumentales: ¿quién educa a la postre sino aquel que es capaz de conseguir que su discípulo se exprese, rompa con sus inhibiciones y miedos, se comprometa en actividades culturales, literarias, manuales y, alzado el vuelo, en el quehacer apostólico o de servicio cristiano mediante una verdadera pedagogía de la fe?

Desde estos módulos, no es difícil para cada uno de nosotros, si hacemos memoria, reconocer quiénes desempeñaron con nosotros verdadera función de padre, educador, maestro, amigo, evangelizador. Y quiénes erraron el camino utilizando una educación que se propuso como metas el silencio, la inhibición, la aceptación pasiva, la no expresión o puesta en comunidad humana de los interrogantes que se suscitaban en el fondo de la conciencia.

La palabra del pastor cauce de la palabra de Dios

Desde el punto de vista pastoral, la palabra del pastor (educador, ministro de la palabra) es el cauce, troquel y forma en cuya virtud la Palabra de Dios se hace audible en el mundo. No podemos referirnos a Dios si no es a través de la expresión y paradigma de cuantos nos lo interpretan hablándonos de El y significándolo de modo inteligible para nosotros. Esto, llevado al terreno de la cristología, descubre el sentido y quehacer de Cristo en el mundo: sólo por El se justifica el que podamos hablar de Dios, del Padre en concreto, como una realidad con referencias y sentidos históricos y palpables. Esa es la originalidad misteriosa del misterio del Verbo encarnado.

Y, aplicándolo a la acción pastoral, nos obliga a concluir que la palabra del ministro mediatiza la eficacia de la Palabra de Dios, mucho más que su gesto sacramental condiciona la eficacia del sacramento.

Aludimos aquí, sólo breve y discretamente, a toda una teología y antropología de la clásica relación entre Palabra y Sacramento. Una y otra son eficaces y producen fruto de santidad a condición de que hablen, expresen, digan algo; en otros términos, a condición de que sean verdaderamente signos de algo. Estamos apuntando con el dedo a un principio clásico de la teología, del cual no se han deducido con suficiente claridad muchas de sus implicaciones: «Los sacramentos son eficaces merced a su significación» («sacramenta significando causant»).

Este *ser signo de algo* da comienzo por la Palabra, que signo que mejor se adecua a la inteligibilidad humana. Todo lo que viene tras ella —en sentido cronológico o en sentido léxico— en particular el sacramento, viene condicionado por la capacidad de expresar, de comunicar y de aclarar que la Palabra posee.

Basta ahondar en tales bases o principios para caer en la cuenta de que esta problemática comporta toda una concepción teológica si no nueva —es doctrina tomista—, sí ciertamente redescubierta existencialmente, de la unitotalidad de la celebración sacramental, en particular de la Eucaristía.

Comporta también determinada caracterización de la forma teológica, es cierto; pero también psico-fenomenológica, psicológica y hasta corporal del ministro o ministros de los sacramentos.

Cuando Guardini hablaba del acto litúrgico como «juego sagrado», o de la dimensión corpuscular de la Palabra (y por extensión de los signos sagrados) estaba diciendo lo mismo con otros ministros.

Comporta, incluso, diría, toda una concepción de los espacios y lugares físicos en que se celebra y se ora, y de la estructura de los conjuntos humanos (asamblea) para quien se celebra.

Quienes hemos estudiado los sacramentos sólo desde perspectivas metafísicas y esencialistas, estamos descubriendo esa dimensión inmensa que ha supuesto para nosotros el olvido de la dimensión expresiva, profética, plástica y dialéctica de todo lo que es y se dice «ex-presión» y «pre-dicación» del objeto de nuestra fe.

Dicho de otro modo, éste es el sentido al que aludía el viejo profesor de Teología Pastoral, Andrés Liégé: «Quedaría trunco y gravemente incompleta la formación teológica que no fuese precedida por un tratado sobre la palabra humana y sobre la palabra de Dios».

Hoy nos vemos sumergidos en grave tensión, fruto de dos corrientes o posturas que se contradicen y que no sabemos cómo compaginar y, más que todo, digerir.

Por una parte, ese nuevo sentido de la palabra va tomando cuerpo de día en día en el mundo actual, especialmente en los sectores grupales e individuales, dedicados de modo directo a la formación, educación y orientación del pueblo.

Pero también en sectores nada religiosos, como son, v. gr., las empresas de producción y comercialización. Algunas de ellas integran en su equipo de dirección especialistas consagrados

dedicación plena a la tarea de favorecer y asegurar la intercomunicación entre el personal de la empresa. Son los especialistas en relaciones humanas. Se considera que esta especialización es tan importante como la de iniciar a otros muchos en las técnicas profesionales que permiten al trabajo producir el máximo rendimiento.

Por otra parte, infinitas formas de propaganda constituyen modernamente verdadera logorrea extraviada. Más aún: procedimientos éticamente viciados porque desvirtúan con falsos espejismos el significado y las finalidades de la palabra entre las masas víctimas de nuestra sociedad de consumo. Tarea de los educadores con sus discípulos será enseñarles a descubrir la trampa que esconde detrás el espejismo y los señuelos de productos más o menos sofisticados o de políticas más o menos engañosas. De ahí que, por sólo citar un par de ejemplos, entre los métodos y actividades educativas propuestos por famosos educadores como don Milani y Pablo Freire, se incluya la lectura diaria de la prensa, no sólo ni sobre todo para informarse por ella de lo que ocurre en el mundo, sino para enseñar a distinguir en medio de tanta palabra seductora dónde se halla la verdad y dónde la mentira: los educandos —el pueblo— se van percatando de que en la entraña de muchos agoreros que se proclaman sus salvadores existen intereses e intenciones contrarios a su salvación y bienestar. Enseñarles a interpretar el sentido de la palabra es una de los mejores quehaceres educativos, por no decir la forma educativa que incluye en sí todas las demás.

Hemos de volver a recuperar el sentido y valores de la palabra, de modo especial cuantos consagramos la vida a ser vehículos, aún más, «con-formadores» de la Palabra de Dios en y para el mundo.

Hemos de saber decirnos e incluirnos por entero en nuestra palabra. No venderla a bajo precio; convencernos del valor ontológico que tiene, y tratar de conocer las técnicas que convierten en realidad educadora concreta ese valor ontológico. Esa sería la forma de que la oración, los actos litúrgicos, los consejos a los otros, el diálogo pastoral... crean Iglesia y comunidad, en vez de enajenar y adormecer las conciencias de quienes educamos. ¿No es ésta la sensación que con frecuencia nos embarga?: la palabra humana que por su naturaleza es principio de personalización y fuente de interrogantes críticos mediante los cuales nos humanizamos —u «hominizamos» como se dice después de Teilhard— o entramos en proceso de humanización, se convierte, cuando pretendemos llamarla Palabra de Dios, en cosa muerta que soterra y ahora la vida y la inquietud.

Es profundamente triste verificar que uno de los espacios humanos en que con menos seriedad se toma la palabra es el espacio religioso: lugares eclesiásticos y espacios sagrados, palabra, la jerarquía, de los eclesiásticos, de los educadores de la fe. se llega a mentir intencionadamente, pero uno sospecha y tréve que las afirmaciones verbales no guardan coherencia con los valores correspondientes. De aquí a la mentira, ¿hay mucha distancia?

Se saca la impresión de que la Iglesia ha creado unas estructuras y unos mecanismos y lugares en donde lo normal es no hablar en serio, hablar sin comprometerse, hablar sin recabar respuesta.

La palabra de Jesús provocaba respuesta, tomas de post aceptación, repulsa, disgusto, griterío, amenazas. ¿No nos preocupa el que la palabra de su Iglesia más bien produzca desinterés y carencia total de comentario?

Lo hemos observado tantas veces que ya ni nos llama la atención porque el hecho ha pasado en nuestra conciencia al nivel rutinario y prosaico: caminamos por la calle o nos relacionamos en la casa en torno a temas que suscitan comentario, interés, preguntas, interrogantes, preocupaciones... Nuestro caminar hacia el templo, v. gr., tiene «sentido» si vamos a él en busca de temas que despierten interés, intereses supremos, solo decir, no sé si muy convencidos. El templo y el tiempo que mediatemente le sigue suele ser tiempo muerto: desaparecen las motivaciones, los interrogantes que en otras ocasiones obligan a hablar, a discutir, a meditar.

¡Esos temas interesantes van apareciendo conforme nuestros pies se van alejando del lugar en que durante breve tiempo «estendimos» ocuparnos en las cosas de Dios!...

En mi opinión, si alguna vez consigo ser eficaz en lo que se llama la evolución de un caso, ello se debe a que mi objetivo real no es la evolución de ese «caso» —término que prefiero sustituir por chiquillo, muchacho, compinche o «ese otro»— sino coger lo instituido por donde puedo para meter la nariz en su cosa, para deshincharle un poco la panza de presunción y hacerle inquietarse por el valor de su pequeño capital de ideas preconcebidas, con sus manojos de palabras terminadas en «idad», en «ismo» y en «ión». En esta guerrilla, los delincuentes, los caracteriales, los débiles mentales, verdaderos y falsos, son unos aliados asombrosos, dotados de un olfato que me sorprende una y otra vez.

F. DELIGNY, *Los vagabundos eficaces*